

ROCKWELL:

UN CRIMEN INUTIL

El fundador del partido nazi americano era un excéntrico sembrador de odios

EN Arlington, George Lincoln Rockwell tenía lo que él llamaba «el monasterio del odio», el cuartel general del partido nazi americano; en Arlington han asesinado a este pobre cretino, que se llamaba a sí mismo «Führer» y vivía a la sombra de inmensos retratos de Adolfo Hitler. ¿Quién ha podido matarle? Ha sido definido alguna vez como «el hombre más odiado de América». Había recibido millares de cartas de amenaza, había sido golpeado y atacado. Sus «gorilas» personales vigilaban a la puerta de su casa, le seguían a todas partes armados con pistolas y barras de hierro. Ha podido matarle cualquiera de las personas —con vocación de asesino— a las que había declarado su odio. Es un episodio de la guerra civil americana que se está incubando.

Hasta 1950, George Lincoln Rockwell era un simple inadaptado. En aquella época, en la que combatía en Corea como aviador, encontró en la base de San Diego a un matrimonio que realizaba campaña política a favor del general Mac Arthur, a quien pretendían convertir en candidato a la presidencia para las elecciones de 1952. Los folletos que distribuían tenían consignas de extrema derecha, doctrinas antisemitas. Para Rockwell, que vivía en aquel momento bajo la mística de Mac Arthur —el general que quería lanzar la bomba atómica sobre China y tuvo que ser destituido por Truman— y bajo el fanatismo de la época, aquello fue una revelación. Poco después encontró en una librería de segunda mano un ejemplar de «Mi lucha», de Adolfo Hitler, y se sintió fascinado. Lo cuenta él mismo en sus memorias («This time, the world»): «Me sentí hipnotizado, transfigurado. Un año más tarde, yo era un nazi total, un adorador de la más importante mentalidad que haya dado el mundo en los últimos dos mil años: Adolfo Hitler».

Rockwell nació hace cuarenta y nueve años; su padre era «Doc» Rockwell, un actor cómico de la época del vaudeville americano, risueño y caricaturesco. Sus padres se divorciaron y George Lincoln —a

quien pusieron estos nombres en homenaje al libertador de los negros; triste ironía para quien años más tarde iba a declarar que los negros no son hombres, sino animales— dividía su tiempo entre el hogar de la madre, en Illinois, y la casa de verano que tenía su padre en la costa de Maine, en la que encontraba siempre visitantes como Freddy Sillen, Benny Goodman, Groucho Marx y el columnista Walter Winchell, con quien años más tarde iba a tener ásperas polémicas. (Walter Winchell deformaría el nombre del «führer» llamándole George Lincoln Ratwell, Reina de los nazis, queriendo por ello aludir a una homosexualidad que, por otra parte, nunca ha sido probada; Rockwell decía que Winchell era un judío oculto, procomunista, cuyo verdadero nombre era Israel Lipshitz, cosa enteramente falsa, porque el auténtico

nombre de Walter Winchell es el de Walter Winchell.)

En la Universidad no fue un buen estudiante, pero pasó adelante sus cursos. Tenía fama de gracioso y bromista. Se hizo popular por las caricaturas y los chistes que publicaba en el periódico escolar. Allí conoció a una compañera de estudios con la que se casó. No terminó sus estudios: se alistó en la Marina, se adiestró como piloto y la segunda guerra mundial se llevó su juventud. Combatía en el Pacífico cuando la guerra acabó. Fue desmovilizado y se encontró de nuevo en su tierra sin oficio y con una esposa a la que mantener. Se dedicó a lo que había sido una diversión para él en la escuela, el dibujo y la caricatura; añadiendo horas de trabajo como fotógrafo callejero consiguió defender su vida. Se matriculó en una escuela de dibujo; hubiese podido ser un ex-

celente dibujante comercial, publicitario, y un cartel que hizo para la lucha contra el cáncer fue premiado. Quiso fundar una agencia de publicidad, y fracasó. De nuevo fue llamado a filas al llegar la guerra de Corea, y allí tuvo, como queda relatado, al encuentro que iba a modificar su vida, y que iba a precipitar su final.

En 1952 fue trasladado a Islandia. En San Diego, donde estaba su base, quedaban esperándole su mujer y sus dos hijas, pero nunca iba a volver a ellas: se enamoró de una islandesa, se divorció y se casó con su nueva compañera. Desmovilizado, fijó su residencia en Washington, donde aún hizo un nuevo intento para ganar dinero: fundó una revista femenina. Se llamaba «U. S. Lady», y estaba especialmente destinada a esposas de militares y damas de extrema derecha —ya había sido fas-



Este es el sucesor de Rockwell: Matthais Koehl ha asumido la jefatura del partido nazi, cuya sede se encuentra en Arlington.



George Lincoln Rockwell, a la izquierda, jefe del partido nazi norteamericano, ha sido asesinado. Junto a él, con gafas, Dan Burros, gran dragón del Ku Klux Klan, que se suicidó al hacerse público su origen judío. La foto está tomada en mayo de 1961, en la época en que Burros pertenecía al partido nazi fundado por Rockwell.

cinado por Hitler—. No pudo llevar adelante su propósito. Tuvo que vender el periódico a los pocos números, y se dedicó a viajante de comercio. Pero, al mismo tiempo que surcaba las rutas americanas vendiendo o intentando vender sus productos, comenzó a pronunciar discursos y a tratar de la fundación del partido nazi. Su primera campaña fue para que el país acabase con «Rojos y Negros». Encontró una docena de discípulos y con ellos fundó oficialmente el partido nazi americano.

Cuando se habla del partido nazi americano parece que se está hablando de algo. Sin embargo, no parece que en estos momentos hubiese llegado a reunir más de un centenar de afiliados. Las cifras que él daba diferían un poco: aseguraba que tenía 1.500 afiliados, de los cuales quinientos formaban las «tropas de asalto» —es decir, gentes dispuestas a entrar en acción en cualquier lugar y en cualquier momento—, pero que unas quince mil personas mantenían correspondencia de simpatía con el partido, aunque sin de-

cidirse a formar parte de él por temor a represalias. Sin embargo, creía que su verdadera importancia estaba en ser un movimiento mundial. «He lanzado —decía— la unión mundial de nacionalsocialistas, de la cual yo soy el jefe ("commander")». En Argentina contaba con Horst Eichmann, el hijo de Adolf Eichmann (que fue raptado por los israelíes, juzgado, ejecutado por ellos y sus cenizas aventadas sobre el Mediterráneo); en Inglaterra, con Colin Jordan; en Bélgica, con un antiguo SS. Más o menos lo mismo decía de Francia, Alemania, Holanda... En realidad, a poco que se profundizase, podía verse que el partido nazi americano no existía, y que el movimiento nazi internacional tampoco existía (existe, ciertamente, una internacional nazi, pero no tiene gran cosa o nada que ver con Rockwell y su movimiento).

Sin embargo, a pesar de esta exigüidad y de esta falta de fuerza real (la fuerza real de la extrema derecha en América está en la John

Birch Society, en el Ku Klux Klan y otras entidades similares), Rockwell era vistoso con su pequeño grupo de nazis con camisas pardas y cruces gamadas, organizando «marchas del odio», lanzándose a luchar contra los estudiantes pacifistas que pedían el final de la guerra en el Vietnam, contra los negros, pintando cruces gamadas en las sinagogas... Su doctrina era escasa, sencilla e imbecil. Pretendía que judaísmo y comunismo son una sola y única cosa; que a judíos y comunistas debía juzgárseles y, si se les encontraba culpables, fusilarles (aunque nunca creyó en los asesinatos de judíos por los nazis alemanes: decía que las pruebas, las fotografías, los testimonios, las declaraciones, eran falsos; que las cámaras de gas habían sido construidas por los propios judíos para denigrar a los alemanes). Con respecto a los negros, trataba de que el país dejase de ayudar al extranjero —«después de todo, todos los países a los que ayudamos son comunistas»—, para, con ese dinero, enviar a África a los veinte millones

de negros americanos y dejar el país completamente blanco. Sostenía que estaban corrompiendo a la juventud blanca con sus músicas, que terminaban por debilitar cualquier cerebro.

En su vida, Georges Lincoln Rockwell había recibido tomates, piedras, palos, bofetadas, insultos de todas clases. También los había dado. Era un sujeto más pintoresco, más imbecil que peligroso. El peligro, en los Estados Unidos, está en otros lugares. Individuos como Rockwell no hacen más que desplazar la atención que debía fijarse en esos otros lugares. Ahora han matado al pobre diablo, que ha recogido los odios que ha sembrado: es un crimen inútil más, un crimen sin eficacia, que no alterará en nada la situación. Pero que revela hasta qué punto están llegando las tensiones en un país fundado en la violencia, crecido en la violencia, y al que la violencia puede llegar a destruir o inutilizar.

J. A.

(Fotos: CIFRA y EUROPA PRESS)